

Carta de Argentina

Bares y restaurantes

Jorge Andrade

En estos tiempos de crisis de la Argentina florecen en Buenos Aires bares y restaurantes. Como en una primavera gastronómica se abren aquí y allá, por las calles de los barrios céntricos pero también de los más distantes, casas de comidas que a veces son flor de un día y otras, más afortunadas, perduran.

No me refiero a locales de lujo, que también los hay y muchos, y que corren los riesgos normales de un negocio dirigido al segmento estable e incluso en crecimiento de los ricos. Hablo de establecimientos pensados para las clases populares y para los remanentes de la clase media. Supongo que es una actividad que en muchos casos eligen residualmente los que, contando con el magro capital de una indemnización por despido, han abandonado toda esperanza de tener un puesto en la débil estructura productiva del país y optan por una actividad de servicios. En ocasiones se trata de la apoyatura para actividades vocacionales que languidecen por falta de apoyo, como ocurre con el teatro que, cuando intenta ser de calidad, difícilmente obtiene la financiación de un promotor privado, quedando a expensas de las salas oficiales que se ven superadas por la demanda de los numerosos elencos teatrales. En estos días cené en un restaurante recién inaugurado en el barrio de Monserrat que ofrece buena calidad a precios módicos. Está atendido por actores y actrices que a su vez regentan una sala en el subsuelo del comedor, y que completan los ingresos para pagar sus actividades dramáticas, o al menos lo intentan, ofreciendo clases de interpretación.

No es el único caso de estas características, pero por supuesto son más los que simplemente ponen en la hostelería la esperanza de una salida económica autónoma. Está lleno de locales donde, deflación mediante, se puede comer con el sistema de tenedor libre, gaseosa incluida, por cuatro o cinco pesos, o dólares, con la expectativa bien fundada de salir de ellos sin daños considerables. Quiere decir que, en general, se puede hablar de una oferta más o menos honesta. Además de estos modestos establecimientos, dirigidos sobre todo a la restauración de los miles de ciudadanos que pasan

doce o catorce horas en la calle en sus actividades laborales, hay una franja superior, pensada más como parte de las actividades de ocio de la empobrecida clase media que todavía tiene acceso a aquéllas. Estos comedores dan una buena comida con vino y postre incluido, en mesas con mantel y servilletas de tela, aunque no sean de algodón puro, por diez a quince pesos per cápita, cifra por demás moderada en la ciudad de Buenos Aires, hoy día una de las capitales más caras del mundo.

Pero la que sobre todo florece es la vieja institución de Buenos Aires, el bar, más propiamente el «café» en los términos tanguísticos que todavía hoy, pese al aluvión «cultural» proveniente de los Estados Unidos, sobreviven en el habla popular de la ciudad.

Los cafés nacen y mueren, pero sobre todo perduran. Han muerto cafés tradicionales, como el *De los Angelitos* en la calle Rivadavia, «la más larga del mundo», hecho famoso por un tango, pero sobre todo por los parroquianos asiduos de la noche mítica de la ciudad del Plata. Queda el *Tortoni*, en la Avenida de Mayo, calle que fue escenario de la rivalidad entre republicanos y nacionales durante la guerra civil española. Ha sido revitalizado gracias a la visión comercial de sus dueños, que lo convirtieron en un centro de la cultura popular y tanguera de la ciudad, y que visitan nativos y turistas. En la misma Avenida, con salida también por la calle Rivadavia, sobrevive, aparentemente con buen estado de salud, el café *Los treinta y seis billares*. En las salas traseras y en el subsuelo se sigue practicando el juego sutil de las tres bandas, y menudean las mesas de ajedrez, de damas, dominó y dados, pobladas a toda hora por la raza de los desocupados, o de los ocupados a horas no tradicionales, que destinan su tiempo libre a algunos de esos juegos que a veces no son una actividad marginal sino el objetivo de sus vidas. En el amplio salón con grandes ventanales que dan a la Avenida de Mayo, a toda hora hay mesas concurridas por viejos inmigrantes españoles que conservan el hábito de la tertulia, aunque reducida de decibeles en relación con las de España; por solitarios que hacen un alto en el camino y se detienen a dejar volar la mente en ese remanso de calma con un café y tal vez una media luna, el *croissant* de marca nacional, y por amigos que hablan en voz baja. Entra el lustrador de botas ambulante a ofrecer sus servicios, entran las palomas en primavera por puertas y ventanas para picotear las migas.

Hay bares que cambiaron de decoración para adaptarse al gusto vigente. Algunos llevan nombres de ríos ibéricos. Pertenecen, presumiblemente, a viejos «gallegos» inmigrantes que lograron salir de la pobreza gracias al gremio gastronómico y a veces volvieron como indianos a su tierra natal. Estos bares, no importa que se llamen *Río Ebro* o *Río Duero* o que, en cam-